

Con españoles siempre he militado ,
Entiendo sus astucias é invenciones ,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

«Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente ;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo :
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sábios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso ,
Y gran rato sobre ello platicaron ;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron :
Después do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron ,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce días
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta :
Después contra los pueblos del Mesías,
La alborozada gente en órden puesta ,
Marcha Caupolican con la vanguardia ,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte ,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte ;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte ,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada ,
Es causa haber agora pocos santos
Y estar la ley cristiana autorizada :
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada ;
Y no solo al autor no dan creencia ,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle ,
Por su costumbre y tiempo convalece ;
Si al bajo miserable levantarle ,
Por modos ordinarios le engrandece ;
Si al soberbio hinchado derribarle ,
Por naturales términos se ofrece :
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente ,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente :
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen mas , que si palpablemente
Viesen lo que después de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso ,
Que soy de poner dudas enemigo ,

Y es un extraño caso milagroso
 Que fué todo un ejército testigo;
 Aunque yo soy en esto escrupuloso
 Por lo que dello arriba, señor, digo,
 No dejaré en efeto de contarlo,
 Pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día,
 Que porque la ley sacra se extendiese
 Nuestro Dios los milagros permitia,
 Y que el natural órden se excediese:
 Presumir se podrá por esta vía,
 Que para que á la fe se redujese
 La bárbara costumbre y ciega gente,
 Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
 De la Imperial tres leguas se alojaba
 En un dispuesto asiento y campo llano,
 Y que Caupolicán determinaba
 Entrar el pueblo con armada mano;
 También cómo el castigo dilatava
 Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
 Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
 De armas, de municion y vitüalla;
 Bien que la gente della era escogida,
 Pero muy poca para dar batalla:
 Fuera por los cimientos destruida,
 Cualquier fuerza bastara á arruinalla,
 Y persona de dentro no escapara,
 Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
 Que ya la trompa á caminar tocaba,
 Súbito comenzó el aire á turbarse
 Y de prodigios tristes se espesaba:
 Nubes con nubes vienen á cerrarse,
 Turbulento rumor se levantaba,
 Que con airados ímpetus violentos
 Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
 Las intrincadas nubes despedían,
 Rayos, truenos, relámpagos aprisa
 Rompen los cielos y la tierra abrian:
 Hacen los vientos áspera represa

Que en su entera violencia competian;
 Cuanto topa arrebatava el torbellino,
 Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
 No hay corazón, no hay ánimo así entero,
 Que en tanta confusion, furia y tormenta
 No temblase, aunque mas fuese de acero:
 En esto Eponamón se les presenta
 En forma de dragon horrible y fiero,
 Con enroscada cola, envuelto en fuego,
 Y en ronca y torpe voz les habló luego,
 Diciéndoles que aprisa caminasen
 Sobre el pueblo español amedrentado,
 Que por cualquiera banda que llegasen
 Con gran facilidad seria tomado,
 Y que al cuchillo y fuego le entregasen
 Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
 Esto dicho, que todos lo entendieron,
 En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
 Fueron sus movimientos aplacando,
 Y los desenfadados cuatro vientos
 Se van á sus cavernas retirando;
 Las nubes se retraen á sus asientos,
 El cielo y claro sol desocupando:
 Solo el miedo en el pecho mas osado
 No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
 Vistió el húmido campo de alegría,
 Cuando con claro y presuroso vuelo,
 En una nube una mujer venia
 Cubierta de un hermoso y limpio velo,
 Con tanto resplandor, que al mediodía
 La claridad del sol delante della
 Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
 Á todos confortó con su venida;
 Venia de un viejo cano acompañada
 Al parecer de grave y santa vida:
 Con una blanda voz y delicada
 Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?
 Volved, volved el paso á vuestra tierra,
 No vais á la Imperial á mover guerra.

«Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
Así le habeis negado la obediencia :
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia. »
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar, la boca abierta :
Ya que desapareció, fué extraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego :
Van sin órden ligeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor impetu corrian.

Héme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuenta ;
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente,
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe :
Tienen ellos por cosa averiguada
Que no es prueba desto poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talandó el sol en tierna edad las flores

Ayudado del fuego de la guerra :
Como creció la seca y las calores,
Por falta de humedad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese
(Inorme introduccion ! ¡ caso inhumano !)
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano :
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Purén paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo :
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerba coronadas :

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo :
Hace temblar la tierra á cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso :
De los hierros renuevan los aceros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,

El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera,
Orden antigua y detestable vicio,
La mas ilustre gente y señalada
Á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruinado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «¡Venimos, oh guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

«Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y limite á la suerte.

«Mas porque estando Arauco tan vecino
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir despues nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

«Y pues os es patente y manifiesta

La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieron freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocan, que consultado
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido.
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruido?
Sus, sus, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

«Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar orden, llegaremos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sábio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando:
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del araucano ejército depende:

Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido;
Y si aquí la ocasion no me avisara,
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Do forzoso dejarlos me convino;
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santiago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y á cada frente asiste una bombardia
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;
Pero no fué secreta esta partida,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado

Las lomas con ejército formado.
Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro araucano;
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos,
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos:
Venian de fuertes petos arreados,
Gruesas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas aceradas,
Armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra oscura,
Debajo del gobierno y disciplina
Del cuidadoso Lautaro, que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
Bárbaro que con ellos contratava,
Saben cómo el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisado desto, como digo,
Y de cuanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado,
El cual con órden y presteza extraña
Del presente peligro recatado,
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,
En su lugar cada uno dellos puesto,

Manda á nueve guerreros mas cursados
Que salgan á correr la tierra presto ;
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro ; y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos ,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonoras trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra :
En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta via ,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica ,
Y en lo mas necesario allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica ;
Proveido recaudo en toda parte ,
A recibir al araucano pica
Con la ligera escuadra de á caballo ,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba ,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes coloraba :
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina ,
Que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro léjos alongado ,
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado :
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado ,
Cubiertas de altas plumas las celadas ,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento , cuando
Sienten los araucanos el ruido ,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando ,

Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España ,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano ,
Calan el monte á fin de acometerlos ,
Teniendo por mejor el sitio llano :
Bajas las lanzas vienen á romperlos ,
Pero la osada muestra salió en vano ,
Que los bárbaros ya disciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme hácia delante ,
Que no solo el encuentro repararon ,
Pero á desbaratarlos fué bastante :
Los nuestros sin romper se retiraron ,
Y ellos gloriosos con furor pujante ,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con piés ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente ,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando ,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando :
Del fuerte tanto trecho esto seria
Cuanto tira un cañon de punteria.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodía ,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria :
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros , que á porfia
Se habian al sitio fuerte recogido ,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto ,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto ,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto ,
Con grande estruendo y paso concertado
Hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
Siguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, fiudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandía
Que juntar los extremos parecía.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados; y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos:
Llegados donde ya podían herirse,
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venían;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrían;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedían;
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonora,
Que resistiendo al tiempo de mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadrón forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados

Y de verse en estrecho rehuyeron,
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse;
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave,
No duda en arrojarse al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave;
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraídos
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la fuerza el primero entrado había,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel día:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallara algún camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto:
No le pudo seguir por allí gente,
Él solo de aquel lado dió el asalto:

Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina ni coraza,

Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pescuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
La maza alta y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar sienten,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta,
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado,

Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airado
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Asi aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso discuriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo:
Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo,
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y asi reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo entorno esgrime;
Hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazón Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,
Por debajo del brazo le calababa.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazón hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:

La cara antes del jóven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta ;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo ,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano
Que airado á todas partes discurria ,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia :
Era su íntimo amigo y primo hermano ,
De estrecho trato antiguo y compañía :
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte ,
Quiero , dijo , tambien que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia , que el pecho y venas le abrasaba ,
Un macizo y fornido tronco empina ,
Y con fuerza sobre él lo derribaba ;
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerta estaba ,
Saca presto el caballo apercebido ,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan , Ongolmo , Cayeguan de un lado ,
Lepomande y Purén en compañía
Habian asi á los nuestros apretado ,
Que ganaron gran crédito aquel dia :
Tomé , Cayocupil y el esforzado
Pillolco , Caniomangue y Lebopía ,
Mareande , Elicura y Lemolemo ,
De su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba ,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba :
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba ,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huida ,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida :
Sigue el alcance , y válos aquejando
La bárbara canalla embravecida
Envuelta en una espesa polvareda ,

Matando al que por flojo atrás se queda.
Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza , y no aprovecha ,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha :
Cuál encamina al monte , y cuál procura
De Mapochó la senda mas derecha ,
Y cuál y cuál constante todavía
Animoso con Atropos porfia.

Estos , honrosa muerte deseando ,
Despreciaban la vida deshonrada ,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada :
Presto quedó la plaza sin un bando ,
De almas vacía y de cuerpos ocupada ,
Que animosos los pocos que quedaban
Á las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos ,
Otros de parte á parte atravesados ,
Otros que de su sangre están cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados ;
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que agujian los caballos ,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto , quién por senda
Áspera , peligrosa y desusada ,
Bate al caballo y dále suelta rienda ,
Que el miedo es grande , y grande la jornada ;
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra , monte , llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo , dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado ,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado :
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado ,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la española gente que corria ,

Con furia y ligereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañía:
La mucha turbacion y desatiento
Que á los nuestros el miedo les ponía,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
¡Oh! cuán de corazón son envidiados!
¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los había,
Que lugar la codicia aun no tenía.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas cédulas arrojando
Petos de fina plata embarazosos;
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos:
Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que ligeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batían
Alargarse de un indio no podían.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da caza y atormenta
Un espaldado bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderles ganar un solo paso.

«Xo, xo, les va gritando; espera, espera,»
Que mas en castellano no sabía;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decía:
Tres leguas los corrió desta manera,

Que jamás de las colas se partía
Por mucho que aguijasen los rocines,
Llamándolos infames y ruines.
Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su faccion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrimela el garzon sin mas fatiga,
Que el presto esgrimidor suelto y liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentando;
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendían
Los tres que á mas correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y ligereza:
Entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni ágría cuesta
Afloja el curso y animoso brio,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcance por do un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia ;
 Solo el contumaz Rengo porfiando
 Desistir de la empresa no queria ,
 Aunque no vé persona de su bando :
 Los tres lasos cristianos á porfia
 Iban el ancho vado atravesando ,
 Cuando Rengo cargó de una pesada
 Piedra la presta honda dél usada.
 El tronco en el suelo húmido fijado
 Rodea el brazo dos veces , despidiendo
 El tosco y gran guijarro asi arrojado ,
 Que el monte retumbó del sordo estruendo :
 Las ninfas por lo mas sesgo del vado
 Las cristalinas aguas revolviendo
 Sus doradas cabezas levantaron ,
 Y á ver el caso atentas se pararon.
 El importuno bárbaro no cesa ,
 Ni afloja de la empresa que pretende ,
 Antes con silbos, grita y piedra espesa
 La agua á mas de la cinta los ofende ,
 Y dándoles en esto mucha priesa
 El beber los caballos les defiende ,
 Diciendo : « Sus, salid, salid afuera ,
 Que yo os mantendré campo en la ribera. »
 Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso ,
 De la soberbia tema ya impaciente ,
 Dice á los dos : « ¡ Oh caso vergonzoso ,
 Que á tres nos siga un indio solamente
 Y triunfe de nosotros vitorioso !
 No es bien que de españoles tal se cuente :
 Volvamos, y de aqui jamás pasemos
 Si primero morir no le hacemos. »
 Así dijo , y las riendas revolviendo
 Segunda vez el vado atravesaban ,
 De morir ó matarle proponiendo
 Los cansados caballos aguijaban :
 En esto el araucano conociendo
 La cólera y furor con que tornaban ,
 Olvidando la maza y presupuesto,
 Las voladoras plantas mueve presto.
 Una larga carrera por la arena
 Los tres á toda furia le siguieron ,
 Aunque en balde tomaron esta pena ,

Que el indio mas corrió que ellos corrieron :
 Faltos no de intencion , pero de lena ,
 De cansados las riendas recogieron ,
 Y en un áspero sitio y peligroso
 Les hizo rostro el bárbaro animoso.
 Por espaldas tomó una gran quebrada
 Revolviendo á los tres con osadia ,
 Y á falta de la maza acostumbrada
 Á menudo la honda sacudia :
 De alli con mofa , silbos y pedrada
 Sin poderle ofender los ofendia ,
 Por ser aquel lugar despeñadero ,
 Y mas que ellos el bárbaro ligero.
 Visto Alvarado serle así excusado
 El fin de lo que tanto deseaba ,
 Dejando libre al bárbaro esforzado ,
 Que bien de mala gana se quedaba ,
 Pasa otra vez el ya seguro vado ,
 Y al usado camino enderezaba
 Triste en ver que fortuna por tal modo
 Se le mostraba adversa y dura en todo.
 Habia dejado el campo lautarino
 De seguir el alcance grande rato :
 Iban los españoles sin camino
 Como ovejas que van fuera del hato ;
 De no seguirlos mas me determino ,
 Que por lo que adelante dellos trato ,
 Dejarlos por agora me es forzado
 Donde otras veces ya los he dejado.
 Con la gente araucana quiero andarme ,
 Dichosa á la sazon y afortunada ,
 Y, como se acostumbra , desviarme
 De la parte vencida y desdichada :
 Por donde tantos van quiero guiarme
 Siguiendo la carrera tan usada ,
 Pues la costumbre y tiempo me convence ,
 Y todo el mundo es ya : viva quien vence.
 ¡ Cuán usado es huir los abatidos ,
 Y seguir los soberbios levantados
 De la instable fortuna favoritos
 Para solo despues ser derribados !
 Al cabo estos favores reducidos
 Á su valor son bienes emprastados ,

Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron

Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvía,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podía.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iría?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mujeres á la guerra.
Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer cruel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Suelos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién fingè que está muerto y se tendía,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenía
El trabajo importuno despidiendo,